

## En la herencia lasaliana: Comunidad y Espiritualidad

---

Pedro M<sup>a</sup> Gil Larrañaga<sup>1</sup>

### Resumen

Como punto de partida, la reflexión considera la relación entre Comunidad y Misión. Así como parece lógico que la misión configure a la comunidad, es también natural que la comunidad configure a la misión. Es un movimiento recíproco en el que todo se transforma por el carácter de Signo de Dios que tiene la comunidad consagrada. La espiritualidad de la comunidad lasaliana se define como la expresión de ese movimiento.

En segundo lugar, ya en el ámbito de la educación, se recuerda el camino de tres siglos desde la educación centrada en el conocimiento racional de la realidad hasta la educación centrada en el conocimiento de la relación o las relaciones. En ambos casos aparece un modelo de comunidad y de espiritualidad específico, según nazca en el compromiso con el conocimiento de los objetos o con el de la relación humana.

La reflexión concluye proponiendo tres pistas para la animación de la comunidad lasaliana y la formulación de su espiritualidad.

### Palabras clave

configuración recíproca; signo; comunidad posible; evangelización y ministerios; contextos históricos; armonía interior.

---

1 Hermano de las Escuelas Cristianas.

Entendemos por 'espiritualidad' la manera de vivir el Amor de Dios, es decir, el conjunto o sistema de protocolos tanto teóricos como concretos que la fundamentan y expresan.

Para orientarnos en nuestra reflexión sobre el juego Comunidad-Espiritualidad en el proyecto lasaliano proponemos un arranque no exclusivamente lasaliano: san Juan Bautista de la Salle no es el fundador de las Escuelas cristianas sino de los Hermanos de las Escuelas cristianas.

Es una paradoja aparente: se trata de algo no exclusivamente lasaliano, por cuanto se puede igualmente referir a muchas otras instituciones y proyectos nacidos con el mismo modelo en los últimos tres siglos. Casi siempre se ha tratado no tanto de hacer una obra cuanto de constituir una comunidad capaz de animarla.

De buenas a primeras este distinguo puede parecer una obviedad inútil, pero no lo es. Basta preguntarse: ¿es lo mismo animar una escuela como un agregado de educadores o como una comunidad?

La respuesta ahorra muchas explicaciones y plantea a su vez nuevas cuestiones. Una de ellas se refiere, lógicamente, al ámbito de la espiritualidad: ¿qué tiene de específico vivir el Amor de Dios en la escuela como comunidad?; ¿es lo mismo que vivirla como grupo de trabajo?

Comunidad, grupo de trabajo: enseguida se ve que bajo estas cuestiones aparecen la identidad y la historicidad de la llamada vida de perfección, que consiste siempre en vivir de un modo determinado el Amor de Dios, ámbito de la Espiritualidad.

Esta relación entre herencia lasaliana, vida de perfección y espiritualidad conduce los tres pasos de esta reflexión.

## **1. Entre la Comunidad y la Misión**

Instituciones como la lasaliana se constituyen en el juego entre tres áreas de relación: con Dios, con el grupo que se llama comunidad y con los destinatarios del compromiso apostólico. Suele dárseles los nombres

de Consagración, a la relación con Dios; Comunidad, a la constituida por sus miembros; y Misión, a la obra, acción o resultado evangelizador.<sup>2</sup>

Habitualmente establecemos una relación constitutiva entre ellas: cada una se configura desde su relación con las otras dos. Es un movimiento recíproco que no permite definir a ninguna de modo autónomo. Por eso es mucho más adecuado describirlas como conjunto al precisar la identidad personal e institucional que las encarna.

### **1.1. Ida y vuelta**

Esta situación de reciprocidad es de la mayor importancia, tanto en la definición de la institución como en la de su propuesta espiritual.

Puede ocurrir que en el fondo no encontremos ninguna dificultad importante en admitir que la ‘comunidad’ se configure desde la ‘misión’. Es natural que la vida diaria y la definición del grupo comprometido se diseñe en función de lo que ha de hacer.

Ese planteamiento, sin embargo, tiene un punto débil: la ‘comunidad’ puede quedar totalmente absorbida por su acción, lo cual puede llevarnos a situaciones absurdas. En concreto, todo el sistema que llamamos ‘consagración’ puede estar supeditado a la acción, se diga lo que se diga en contrario.

Situación absurda, decimos: los votos, por ejemplo, pueden reducirse a medios para trabajar mejor, con más estabilidad y eficacia. Con ello dejan de ser expresión de la consagración, para reducirse a utilidades. Una reducción podría admitirse si se refiriera a objetos materiales, pero de ningún modo cuando hablamos del amor, los bienes y la responsabilidad. Por esta razón la conciencia de los consagrados se siente más que incómoda cuando encuentra que vive renunciando a realidades sumamente valiosas simplemente como facilitación para un trabajo que de por sí no lo requeriría.

---

2 En la Institución lasaliana, se explicitó en la obra del Capítulo General de 1966-67. En estos últimos años se expresa con la terna Fe, Fraternidad y Servicio. Notemos que, si se olvida esta continuidad, puede perderse la perspectiva en aras de cierta actualidad fugaz.

Entendemos por eso que la espiritualidad que acompaña estas situaciones puede estar marcada por la generosidad y el sacrificio mucho más que por la fidelidad al Señor que llama y por su Amor. Puede de hecho estar construida para sostener el discurso de la eficacia institucional y entonces subraya más el sometimiento y la austeridad que la pobreza y la obediencia. La castidad, igualmente, puede de hecho caracterizarse más por el esfuerzo y la distancia que por el amor. En esa situación resulta problemático hablar de espiritualidad.

Ante ello afirmamos que entre la Comunidad y la Misión hay una relación doble o recíproca, y es muy fácil entenderlo. A esto nos referimos al hablar de definiciones conjuntas o recíprocas.

Por un lado, decimos, es el quehacer quien va configurando la vida de la comunidad. Es el primer paso, y éste el segundo: a su vez la Comunidad marca su quehacer y transforma el Trabajo en Misión.

‘Misión’ no significa primariamente quehacer. Misión significa ‘envío’, es decir, encargo que alguien debe ejecutar al servicio de quien le ha enviado y facultado para hacerlo. Así entendida la ‘misión’ es algo que se hace, ciertamente, pero de modo que al hacerse testimonie o garantice el poder y el valor de quien ha enviado a su ‘misionero’ para hacerlo. Lo que llamamos ‘misión’ es algo que se hace y que al hacerse se constituye en recuerdo del enviado.

En este caso, al leerla desde su relación con la Comunidad, cuando hablamos de Misión hablamos de una acción que significa algo que la trasciende. En efecto: cualquier comunidad va más allá de un contrato. Lo incluye, pero lo supera. Por eso entender así la Misión nos remite al concepto de Signo. Esto es lo que pone cualquier comunidad como la lasaliana en su escuela: la configura como un signo de quien la está constituyendo. Estamos hablando de la transparencia del Amor de Dios.

En realidad, como saben tantas y tantas personas que han ido viviendo este discurso a lo largo de los siglos, Dios se hace presente en sus vidas en el ir y venir desde su Comunidad a su Escuela y viceversa. Pues bien: ese movimiento y esa presencia es la Consagración.

Sólo si consideramos así las cosas, los votos religiosos son verdaderamente expresión de la Consagración. Sólo así. Y se entiende porque la ‘Consagración’ sólo puede ser obra del Único que puede consagrar, señal por tanto de la presencia de lo Sagrado.

Desde ahí la Consagración supera infinitamente el ámbito de las utilidades para convertirse en manantial de sentido a la vez que de iniciativas concretas en el quehacer que llamamos Misión. A esto nos referimos al pretender que la Comunidad a su vez configura la Misión.

Cuando la Consagración anima la interacción entre la vida común y el quehacer, todo cambia. La Comunidad ya no es un grupo en apariencia monástico; la Misión es otra cosa que un trabajo; y la manifestación de Dios no es exclusiva de una vida de retiro. Se entiende, por ejemplo, lo discutible del distingo entre contemplación y acción.

## **1.2. El sinsentido del utilitarismo**

En la tradición lasaliana esto se entiende muy bien al considerar el paso de un modelo de ‘votos’ a otro, como ocurrió con la Bula de Aprobación. Hasta entonces, 1725, había ciertamente un tipo de compromiso vital que vinculaba a sus miembros. Era algo que unía a todos, hicieran ‘voto’ de obediencia/estabilidad y enseñanza, o no. Se trataba de algo así como un sacramento compartido, en el que participaban todos, simplemente por el hecho de vivir unos con otros.

A partir de 1725, en cambio, encontramos otro tipo de ‘votos’ en aquella Comunidad. Esta vez es la tríada monástica, introducida, no lo olvidemos, no por su propia iniciativa sino como aviso de conveniencia desde algún lugar de los trámites romanos. Eso hacía, y tampoco debemos olvidarlo, que aquella comunidad ya no solo tuviera una entidad respecto de la fe y el servicio educativo sino también ante la ley civil: sus nuevos votos les constituían en entidad jurídica capaz de actuaciones comerciales.

En adelante se establecería algo así como una yuxtaposición entre la vida real y la configuración jurídica o incluso canónica de aque-

lla comunidad. Lo contrario de aquella definición recíproca entre Misión, Comunidad y Consagración.

Afortunadamente seguirían manteniendo en sus Reglas Comunes el gran párrafo aportado por su Fundador en su última revisión:

“Es necesario que los Hermanos se apliquen a sí mismos y tomen por fundamento y sostén de la regularidad, lo que dice san Agustín al principio de la Regla, a saber: que “quienes viven en Comunidad deben, ante todo, amar a Dios y luego al prójimo”; porque estos mandamientos son los principales que Dios nos ha dado, y porque la regularidad, sea cual fuere, si se la separa de la observancia de estos dos mandamientos, es inútil para la salvación, porque no se la establece en las comunidades sino para facilitar a los que en ellas viven la guarda exacta de los mandamientos de Dios.”<sup>3</sup>

Todo se sostendría sobre el magnífico discurso de las Meditaciones para el Tiempo del Retiro anual, que les aportaba horizonte: aquella naciente escuela popular estaba inscrita en el Plan de Dios. Él había contado con ellos desde antes de la creación del mundo, les ponía en su Iglesia para atender a los hijos de los necesitados y ayudarles a encontrar el evangelio, sería el alma de su ministerio, otros Cristos para sus alumnos y entre sí, y les recibiría más allá de este mundo, uniando así los dos a los que ellos pertenecían.<sup>4</sup>

Esta realidad interior contenía la clave de su voto de estabilidad y de su identidad espiritual. Por eso no podían sentir mucho problema en aceptar la tríada monástica: la interpretarían desde lo que ya estaban viviendo. Sin embargo, la nueva propuesta vital podía desviar el sentido de su vida a través de su fragmentación.

No puede decirse, en efecto, que el mutuo configurarse de Comunidad y Misión haya ocupado un lugar importante en el discurso teo-

3 Es su cap. 16, l. El Hno. George van Grieken lo estudia con cuidado en su tesis sobre la Espiritualidad pedagógica del Fundador. Cfr. <https://lasallianresources.org/product/to-touch-hearts-the-pedagogical-spirituality-of-st-john-baptist-de-la-salle/>

4 Para siempre han quedado las reflexiones de P.-A. Jourjon, *Pour un renouveau spirituel*, comentando en 1969 los nuevos documentos sobre la identidad lasaliana.

lógico o espiritual de la vida consagrada en la Modernidad. Por esto decimos que la asunción de la tríada monástica podía oscurecer y acabó oscureciendo lo específico de las nuevas instituciones.

La teología de la vida consagrada ha sufrido silenciosamente la yuxtaposición entre una cosa y otra, entre Consagración y Apostolado, o entre vida religiosa y vida activa, como si los votos, una vez desaparecida su función sociológica, hubieran perdido buena parte de su función identificadora. El hecho es que hemos recibido una literatura espiritual más marcada por la renuncia y el sacrificio que por la fecundidad y el verdadero servicio. El mejor –y lamentable– emblema de esta situación es el argumento utilizado en muchas ocasiones para negar a los consagrados el acceso al compromiso social: si renunciáis a este mundo no podéis educar a los hijos de este mundo. Los Padres del desierto, tal como eran citados en determinada literatura, no habrían tenido defensa ante esta objeción.

En cambio, la vida concreta, diaria, real, ha estado siempre llena de personas mucho más equilibradas que su discurso identitario convencional. Con ellas hemos conocido experiencias de compromiso y de creación, aceptación del misterio de Dios en medio de la relación educativa, gozo y comprensión en la vida de comunidad, voluntad clara de servicio y entrega a unas personas concretas y a la vez a un Dios que lo trascendía todo.<sup>5</sup> Durante varios siglos la sociedad ha podido recibir el testimonio de la vida de aquellos grupos viendo en ellos algo más grande incluso que la conciencia que ellos tenían de sí mismos.

Es cierto que siempre ha habido entre ellos, como en toda institución social, miembros desidentificados con el proyecto comunitario, oportunistas acostumbrados o resignados, incapaces de testimoniar otra cosa que su propio vacío disfrazado de otras cosas. Es cierto. Pero lo es también que siempre ha llegado a su pueblo el testimonio sencillo y trascendente de personas que estaban fiando sus vidas a una motivación que trascendía todo contrato laboral, toda costumbre o todo tópico.

---

5 Es el sentido de los comentarios del H. Agathon, en vísperas de la Revolución Francesa, de las Doce Virtudes del buen maestro. Siglo y medio después, entre 1920 y 1950, harían lo mismo varios Superiores Generales comentando los Diez Mandamientos del Instituto.

Siempre –y es importante señalarlo– la sociedad ha encontrado personas y grupos de personas que estaban viviendo por encima de su propia conciencia, fiados de algo que pocas veces percibían y se traslucía en sus gestos, en sus esfuerzos, en sus errores, en su recuerdo.

De esas situaciones afirmamos que en ellas se hacía real la Misión de aquella Comunidad en el corazón de la Escuela, el Signo.

En la tradición lasaliana es el mensaje de los Hermanos del s. XVIII, que estaban avanzando a su sociedad el modelo educativo que se difundiría cien años más tarde y sin embargo recibían de los intelectuales de la época el calificativo de ‘ignorantins’. Es igualmente el mensaje del ministro Guizot, en la primera mitad del XIX francés, proponiendo a los Hermanos como el modelo o la referencia para el educador de la nueva escuela primaria popular, cuando ellos mismos en su Comité General de 1834 se resistían a dejar atrás el modelo de escuela anterior a la Revolución, modelo que llevaban ya un decenio abandonando.

Lo era igualmente en la decisión de tres mil Hermanos franceses, entre 1904 y 1913, de expatriarse y seguir poniendo su vida al servicio de las clases populares en medios sociales desconocidos, a la vez que en su tierra eran calificados de ilegales por vivir su fe en su quehacer educador. O lo fue y siguió siendo a lo largo de la primera mitad del s. XX, perseguidos hasta la muerte, a la vez que tanto su pueblo como ellos mismos estaban silenciosamente convencidos de la justicia de su vida.

Cuando interpretamos la relación entre Comunidad y Misión tal como la vamos indicando, es decir, en su sentido doble o recíproco, no es tan difícil interpretar el corazón real de su espiritualidad.

Más allá de sus propias palabras, más allá incluso de su propia conciencia, vivían el Amor de Dios convirtiéndolo en guía de su modo de animar la escuela. Su calidad profesional era el rostro del Dios que les llamaba y les constituía en Signo compartido.

Por eso su espiritualidad estaba construida sobre la fe en Dios y el celo educador. Desde ahí podían reproducir aquello que su funda-



dor expresaba con el verbo ‘chérir’: debían amar tiernamente a sus alumnos.<sup>6</sup> Eran maestros, comunidad de maestros.

La espiritualidad que sostiene y expresa la relación entre Comunidad y Misión supone ante todo apreciar la fidelidad por encima de todos los protagonismos, así como la pertenencia sobre el crecimiento individual y la escucha antes que la propuesta; después, subrayar la contemplación sobre la reflexión o el silencio sobre la palabra; finalmente, el conjunto sobre los fragmentos, es decir, la historia sobre el progreso, la sociedad sobre sus instituciones y la comunidad sobre el programa.

Asentar la Escuela sobre la ciencia y el misterio la convierte para su pueblo en Signo (con mayúscula): es una definición de principio, intemporal. Es vivir el espíritu de fe.

## **2. Tres siglos después**

Hasta aquí, las definiciones iniciales. Ahora bien: las instituciones dedicadas como la lasaliana al mundo de la formación, todas, tienen entre tres y cuatro siglos de historia. Debemos preguntarnos si ese período ha supuesto algún cambio importante en su interior o en su contexto social.

Todas estas instituciones han nacido en los días del Barroco, cuando la Europa cristiana afrontó la creación de un orden social nuevo, marcado por la emancipación o secularización de las instituciones sociales respecto de lo confesional, en una sociedad que sin embargo seguía considerándose cristiana.

Su modelo responde a lo que aquella época –entre 1650 y 1750– quiso proponerse para avanzar en la pureza identitaria de las instituciones sociales. Filosofía, ciencia, religión, política, economía, estética<sup>7</sup>: todos los espacios de la visión del mundo quedaron marcados por un propósito de autenticidad y acomodo a un mundo que descubría el alcance del progreso.

6 Admirable, encontrar este término en las Meditaciones para el Tiempo del Retiro, definición de la identidad lasaliana, primer tercio del s. XVIII.

7 Leibniz, Descartes, Espinoza, Comenio, Colbert, Newton, Pascal, Locke..., entre muchos otros.

Es el siglo que va, sirva como escenario, entre la proscripción y el reconocimiento de la Institución de Mary Ward, nuestras entrañables ‘Irlandesas’: de 1630 a 1740, más o menos. O, valga también como referencia de contexto, entre los Tratados de Westfalia y el comienzo de la Enciclopedia francesa: de 1650 a 1750, más o menos.

En ese tiempo una Europa cristiana trata de establecer instituciones que aúnen la propuesta del evangelio y de la racionalidad, la fe y la lógica. Con ellas irrumpe un modo nuevo de considerar la vida: el análisis, la organización, la rentabilidad, los derechos, las clases sociales.

Hijas de esa coyuntura, instituciones como la lasaliana difundieron un modo nuevo de interpretar la vida, basado esta vez en el conocimiento, el dominio o incluso en la explotación. Es el tiempo de la Razón, tiempo que llamamos Modernidad. Se definirá durante el XVIII y se difundirá durante el XIX y parte del XX.

Y dejará de ser relevante a lo largo de la segunda mitad del XX. Con él, igualmente, las instituciones dedicadas a difundir la alianza entre la razón y el evangelio, como la lasaliana. En su interior la espiritualidad deberá ir perdiendo sentido.

No podemos hablar de comunidad ni de espiritualidad sin tener en cuenta este contexto: es su mediación, su alma y su visibilidad.

## **2.1. Garantía de la Sociedad posible**

Pues bien: si decimos que con la Modernidad ha pasado un modelo de escuela, no podemos afirmar que haya desaparecido su necesidad. A veces, es cierto, cuesta reconocerla bajo el aspecto que ha ido cobrando hoy, pero existe y llama a quien se sienta preocupado por la maduración humana ante las nuevas formas sociales.

Puesto que ésta no es una reflexión sobre la historia de las formas educativas, podemos abreviar y adoptar la consecuencia fundamental del cambio de época al que nos referimos: su clave está en la oscilación de la razón a la relación, como criterio base de la idea de la educación y la formación hoy.

Tres siglos atrás, la garantía estaba en la difusión de la razón y el orden. Tres después, la relación, la pertenencia, incluso la comunidad. Es un cambio radical.

Somos nuestras relaciones. Personas, naturaleza, historia: todo es relación, pertenencia, conjuntos. Olvidarlo hace que la vida pierda su sentido, el que resulta del juego entre los distingos y la totalidad. Siempre ha sido así, desde luego, pero se diría que la Modernidad nos había llevado a subrayar más una cosa que la otra, más la organización que lo comunitario<sup>8</sup>. En los últimos tiempos nos lo han acabado de mostrar la globalización y la ecología.

Se entiende que este paso de la razón a la relación no supone sustituir la una por la otra. Significa modificar la comprensión de la persona incluyendo su capacidad de razonamiento en su modo de vivir las relaciones. Por entendernos: el eje de la didáctica o de la metodología o del aprendizaje ya no está en los datos en sí mismos sino en la relación que se dé entre ellos a lo largo de la vida de los pueblos. El aprendizaje o la formación en general serán función de la capacidad de relacionar elementos y comprenderlos por su relación con otros.

Así las cosas, se modifica tanto el concepto mismo de educación como todos sus modelos institucionales y organizativos.

Ante todo, nos remite a la consideración integral de las situaciones, de la realidad o de las personas. La formación seguirá consistiendo en conocer los distintos factores del comportamiento de la naturaleza, de la economía, de la sociedad, como es evidente. Pero asumirá que ninguno de esos factores es comprensible sin su inclusión en sistemas complejos.

Esto significa la desaparición de las disciplinas llamadas científicas como criterio organizativo fundamental de los procesos educativos. No la desaparición de sus contenidos, repetimos, pero sí la de su prioridad en la configuración de los programas. En su lugar serán las situaciones, las personas, los credos, las dinámicas de los conjuntos,

---

8 Nos referimos expresamente a la tesis de Tönnies, en los últimos años del s. XIX, pero no sólo a él.

la interpresencia de los saberes en cada hecho de vida... los ejes de toda programación<sup>9</sup>.

Esto, como puede entenderse enseguida, es inalcanzable para los miembros de la institución educativa que hemos heredado de la Modernidad. Cristiana o no, esa escuela es incapaz de responder por sí misma a este cambio cultural. Necesita incorporar en su organigrama y en su calendario otro tipo de educador, otro tipo de especialista, orientado ahora más por los objetivos que por los contenidos. Será imprescindible la aportación de la tecnología, desde luego, pero sobre todo la escuela necesitará multitud de otras personas e instituciones hasta hace poco ajenas al ámbito educativo.

Se ve enseguida que el nuevo diseño institucional de la educación requiere primero acoger y luego ir más allá del voluntariado de apoyo ocasional, imprescindible, tal como lo estamos conociendo en el último medio siglo. Como en todos los tiempos y en todas las áreas de la vida, el voluntariado es antesala de la nueva profesionalidad educativa, que debe redefinirse. Y con ella, todo el diseño de la institución, que también se está configurando ya en respuesta a las nuevas condiciones de la vida.<sup>10</sup>

Este cambio en la mediación es ya un hecho. La vida y las dinámicas de la historia lo van imponiendo por encima o adelantándose a la conciencia de todos los organizadores de la educación. Es el gran signo de Dios para la Institución lasaliana, como para todas las instituciones semejantes.

Por todas partes emergen los nuevos desafíos que esto plantea a los profesionales de la educación: les obliga a encontrar en sí mismos los rasgos tal vez olvidados del antiguo educador, aquel que pensaba en función de la vida de su alumnado y no sólo en función de los exámenes para la admisión en el grado superior correspondiente. Esto significa retomar la

9 Es lo que subyace al movimiento de renovación educativa que en estos últimos años en los medios lasalianos de la ARLEP estamos llamando Nuevo Contexto de Aprendizaje (NCA).

10 Lo mismo que en los días de Westfalia se propuso la 'secularización' de la sociedad respecto de la Iglesia, dos siglos y medio después Joaquín Costa hablaba de secularizar la escuela: quería decir derribar sus muros. Estamos evocando lo que ya se anunciaba en los últimos años del s. XIX.

responsabilidad, es decir, la fidelidad, la inventiva, la paciencia, el estudio, la reflexión, el equipo, la integralidad del desarrollo humano...<sup>11</sup>

No sabemos cómo haya de ser esa nueva escuela, cómo su entronque con las instituciones sociales, qué departamento de la Administración la albergará, qué sistema económico podrá sostenerla, qué límites de edad habrá de tener (caso de tener alguno).

Sí sabemos que, en esta sociedad tejida con tan enorme cantidad de vínculos informativos, abundantes como nunca y tan dispersos, tan descomprometidos y sensoriales, sobreabundante en datos, casi todos efímeros y tan dispersos que parecen sostenerse solo por la velocidad con que cambian, en esta sociedad hay, ya, una necesidad por encima de todas las demás: la de instituciones que garanticen el sentido de tanto intercambio y de la convivencia.

La sociedad necesita, ya ahora mismo, espacios donde se pueda vivir algo parecido a una garantía de que en los próximos años tendrán sentido la convivencia, la comunicación, la identidad compartida. Como hace tres siglos sobre el sentido de la razón, necesita ahora instituciones que la ofrezcan en relación con la sostenibilidad, el encuentro, la pertenencia, la fecundidad, la comunicación y la diversificación.<sup>12</sup>

Por ahí ha de ir la nueva escuela. Y eso, como se puede fácilmente imaginar, pide un modelo espiritual, una propuesta ante el misterio, un modo de vivir la fe y convertirla en organizadora de un proyecto institucional.

## **2.2. El Signo y la nueva comunidad**

Señalamos al voluntariado como señal y camino para la renovación de la profesionalidad. En educación como en cualquier otro ámbito, las limitaciones de lo establecido aparecen cuando se tiene que

11 Y aquí no podemos olvidar la referencia a la Circular del Superior, H. Irlide, ya en 1881, proponiendo a los Hermanos que habían de ser 'de su tierra y de su tiempo', y lo pormenorizaba hablando de programaciones y formación docente.

12 No hay ninguna artificiosidad en relacionar a este propósito situaciones aparentemente tan lejanas como el internado de Malonne, en Bélgica, que santificó al H. Mu-tien-Marie y la obra de Santiniketan, en India, símbolo de la formación para Tagore.

echar mano de personas o situaciones hasta ese momento tenidas por extrañas a lo establecido. La vida, así, va imponiendo sus ritmos y muestra los caminos para las nuevas definiciones institucionales.

Y está ocurriendo, no simplemente en la escuela lasaliana, sino en la comunidad lasaliana. Y en todas las demás instituciones semejantes. De esto acabamos de decir que es el gran signo de Dios para ellas.

En este caso la institución afectada es el grupo de personas consagradas o profesantes de la vida de perfección. Esa comunidad hasta ahora configurada como forma de vida religiosa se encuentra hoy desafiada por otras formas de vivir la Consagración y el Signo. Es la cuestión fundamental: qué comunidad pueda asumir tal proyecto y seguir así llamándose lasaliana.

En la primera, constituida en torno a la escuela primaria popular de la Modernidad, la comunidad se vinculaba desde la fe en la vocación compartida. Sus miembros entendían, creían, ser llamados por Dios a este ministerio, pensado desde toda la eternidad para ellos y para los hijos de los pobres. Se comprometían a seguir guiando sus vidas desde esa fe, alimentándola de su profesionalidad y su organización de conjunto.<sup>13</sup>

Esta fe compartida les vinculaba entre sí y para un servicio de un modo más allá de todo contrato. Se vinculaban de por vida, es decir, entregaban su vida en la fe de que Dios se lo haría posible, lo esperaba de ellos y les acogería definitivamente en la casa del Amor, más allá de esta vida.

Ese vínculo, lógicamente, era escandaloso, llamativo, chocante, sorprendente, incomprensible, tal vez admirable. Su fecundidad profesional y su armonía como equipo de trabajo lo hacían plausible y el resultado de su quehacer se transformaba de un modo que ellos mismos no podían pretender. Eran, en su mundo, Signo de otro.

---

13 Muchas veces este credo se expresó en términos más espiritualistas que espirituales, incluso disparatados. Hay que reconocerlo y señalar su distancia respecto de la vida real de las escuelas.

Así nos ha llegado este tiempo nuevo, que llama a revivir el vínculo inicial, tal vez aquellos votos anteriores a la Bula de 1725.

En ellos aparece, de inmediato, la renuncia a un modo de vida secular. En ella encontramos primero que tiene utilidad, es decir, que sirve para una disponibilidad determinada ante la tarea educativa. Ahora bien, si recordamos que sólo el Amor de Dios faculta para cualquier renuncia, entonces veremos que en aquella renuncia había más que utilidad. Era el signo de haber creído en el Amor de Dios que había ‘proyectado’ aquella comunidad desde antes de la creación del mundo.

Sí: aquella comunidad se comprometía a mostrar en este mundo el Amor de Dios, basándose en la absoluta trascendencia de ese mismo Amor, trascendencia de la que se creían testigos.

Pues bien: si aceptamos por principio que la Consagración convierte tanto a la Comunidad como a su ‘Escuela’ en Signo, si aceptamos también por principio que nuestro Dios ha de ser ‘significado’ tanto en su humanidad como en su divinidad, concluiremos que no hay dificultad importante para llegar a la unidad y la complementariedad de las dos maneras de significar a Dios en el compromiso compartido en el proyecto de ‘escuela’ cristiana, hoy como ayer.

Lo sustancial es la respuesta a la llamada, la Fe en el Amor de Dios. Y ese Amor puede significarse tanto en su realidad en este mundo, tal como se vive en la relación humana, así como en su absoluta trascendencia, tal como se vive en la distancia respecto de esta vida durante esta vida misma.<sup>14</sup>

Más: no podemos olvidar que nuestro Dios es uno, de modo que, si alguien lo evoca en su vida, deberá hacerlo tanto en su ‘dimensión’ encarnada como escatológica. Otra cosa es que en cada vida concreta predomine más un acento que otro.

14 Diez años antes del Concilio K. Rahner lo había formulado así en su Teología de la abnegación (en castellano en sus Escritos de Teología, vol III, y en Marginales sobre la pobreza y la obediencia).

En ambos casos hablaremos de Signo, de un mismo y único Signo<sup>15</sup>. Su proclamación constituye lo que con toda justicia podemos llamar Ministerio del Signo. Es el que ejerce la Comunidad consagrada por Dios en el compromiso de su vida por la escuela de los márgenes. Y se trata de una situación que la Iglesia está viviendo desde hace ya un siglo.<sup>16</sup>

Los tiempos nuevos piden que todas las instituciones cristianas se configuren como laboratorios de humanidad. En concreto piden constituir los proyectos educativos como lugares de experiencia integral de la relación posible ante los tiempos que vienen. Esto hace que la nueva comunidad deba hacer visible el compromiso de su vida a través de una considerable ingeniería institucional. Es la obra de Dios en ella y la convierte en garantía para la esperanza. Es, hoy, el espíritu de Comunidad.

### 3. Fe en lo que estamos viviendo

Es evidente la magnitud de lo que propone esta interpretación del juego Comunidad-Espiritualidad. Remite a lo que entendemos por Refundación, de instituciones como la lasaliana.<sup>17</sup>

15 Para expresar estas realidades, en el mundo lasaliano francés han recuperado el antiguo término ‘Fraternité’. Es un acierto. En esa línea ¿por qué no citar, discretamente, el lema del nuevo Papa León, ‘In illo Uno unum’? (“...unus est Christus: non ille unus et nos multi, sed et nos multi *in illo uno unum*. Unus ergo homo Christus, caput et corpus.”)

16 Véase, por ejemplo, entre otros trabajos suyos, el panorama presentado por J.F. Martínez Sáez en un excelente documento de trabajo sobre el tema: J.F. Martínez Sáez, “Aspectos sociológicos e históricos en el origen de las Nuevas Formas de vida consagrada. Seminario de estudio sobre nuevas formas de vida consagrada. 2ª sesión, 18 de junio de 2011. Documento de trabajo”, *Commentarium pro religiosis et missionariis* 103.3/4 (2022: 277-311. [https://www.academia.edu/10017778/aspectos\\_sociologicos\\_e\\_historicos\\_en\\_el\\_origen\\_de\\_las\\_nuevas\\_formas\\_de\\_vida\\_consagrada](https://www.academia.edu/10017778/aspectos_sociologicos_e_historicos_en_el_origen_de_las_nuevas_formas_de_vida_consagrada). Madrid 2011.

17 Es el leit-motiv de las Circulares y Cartas Pastorales de los Superiores lasalianos durante los últimos cuarenta años. Sin ninguna duda. Por eso no puede sorprender encontrar el tema, con toda claridad, en las palabras del nuevo Pontífice, León XIV, en audiencia al Consejo General de la Institución lasaliana. Conmemorando el Tricentenario de la Bula de Aprobación del Instituto, el Papa interpreta de este mismo modo tanto el cambio en el modelo educativo como en la constitución de la comunidad educativa. Cfr. <https://www.vatican.va/content/leo-xiv/es/speeches/2025/may/documents/20250515-fratelli-scuole-cristiane.html>.



Hace caer en la cuenta de la indispensable relación entre el diseño de los proyectos operativos y la fe en el Amor de Dios. Y al mostrarlo no se limita a recordar que uno y otra han de ir juntos, sino que se alimentan mutuamente.

Es la propuesta de este tercer paso de nuestra reflexión: entender lo que estamos viviendo no tanto como nuestra manera de responder hoy a la llamada de Dios –que sí, evidentemente– cuanto de recibir lo que va ocurriendo como la propuesta que el Señor hace por encima de nuestras previsiones. Seguramente es lo más importante de nuestra relación entre Comunidad y Espiritualidad: aceptar lo que está ocurriendo, recibirlo como señal de Dios ante la Nueva Evangelización.

Esto supone, notémoslo bien, que nada de lo propio de ninguna institución como la lasaliana tiene su sentido solamente en su interior. Todas ellas lo encuentran en su inclusión en otra situación más amplia: la redefinición de la comunidad cristiana. En este comentario solo podemos aludir a ello señalando así que todos los ministerios nacen en y para la comunidad. Ella los diseña y los reconcibe al compás de su camino por la historia...

De no tenerlo en cuenta, dado que la magnitud del cambio supera nuestra capacidad de comprensión y respuesta, instituciones como la lasaliana irán desapareciendo silenciosamente una tras otra.

Lo señalamos, escuetamente, subrayando tres rasgos fundamentales que ya se dieron en la primera fundación lasaliana.

### **3.1. En lo más visible, gestos significativos**

Es muy fácil entenderlo: al igual que todo empezó con el acierto en el servicio a los hijos de los pobres, necesitamos hoy gestos bien visibles de lectura de nuestro ministerio tanto en los márgenes sociales como desde ellos. No sólo gestos en los márgenes sino también fuera de ellos, pero desde ellos, sin distinciones suicidas entre una red en y otra fuera de.

No lleva a nada yuxtaponer una red y otra, hablar en un caso de obras educativas y en otro de obras socioeducativas, según estén

en los márgenes o no. Si son educativas, todas son socioeducativas. Y viceversa. Se trata de leer todo lo que hacemos desde la frontera de lo humano, desde allí donde todo se acaba y muestra su incapacidad, allí donde la vida se abre a lo que la supera. No basta con los gestos en los márgenes: tal vez, incluso, sean lo más fácil.

Por esta razón señalamos que el criterio de la renovación de las instituciones educativas no ha de ser primariamente sociológico ni siquiera pedagógico. Ha de ser la consideración de todo desde la relación entre la cultura y la fe, entre el saber y el misterio, entre el desarrollo y el sentido.

Sencillamente, pensar la escuela desde la espiritualidad.

### **3.2. En la organización, ‘juntos y por asociación’**

También en este recuerdo de los orígenes encontramos otro de los rasgos más claros de la animación de las sociedades hoy: la sostenibilidad de cada actuación depende de la red de actuaciones a la que pertenezca.

Ante la magnitud de los cambios, no es simplemente asunto de garantía económica u operativa. La calidad de la actuación local se garantiza por la capacidad de la red de hacer lo mismo en otros lugares y haberlo hecho en otra época. Afrontar desafíos diferentes a los locales supone una capacidad adicional ante lo inmediato, al igual que haberlo hecho en otro tiempo provee a cada institución de una memoria histórica valiosísima.

La sociedad lo sabe muy bien: se necesita inscribir cada proyecto en una doble red, geográfica e histórica.

Es el gran valor, especificador, de estas instituciones<sup>18</sup>. Ninguna otra, en los pueblos del nuevo tiempo llega a ellas con su bagaje, tanto desde el punto de vista de la globalización como de la identidad.

---

18 Véase, por ejemplo, la cuidada reflexión de Ander Gurrutxaga, *El redescubrimiento de la Comunidad*, en <https://reis.cis.es/index.php/reis/article/view/1842/2109>

Lo cual, evidentemente, requiere un espíritu atento, conocedor y contemplativo, del misterio de Dios en la Historia.

### **3.3. Y en el interior, la coherencia esperanzada**

Posiblemente aquí esté, de nuevo, el tema clave. Hace ya sesenta años lo recogía también aquella Declaración del Hermano hoy, de 1967, al abrir su reflexión proponiendo la renovación espiritual, personal y comunitaria, como puerta para toda renovación.

En nuestros días, de todos modos, se muestra con una urgencia especial, ante la diversidad de los itinerarios personales de los distintos miembros de las comunidades, asociaciones o fraternidades lasalianas.

Necesitamos construir sobre la fuente única de nuestras diversidades, a conciencia de estar viviendo una definición nueva de la consagración bautismal.

La armonía de estos tres acentos ayuda a entender que estamos en un momento histórico en las formas de vida cristiana. Los tres cobran un color muy especial al integrarse sobre el trasfondo de la Nueva Evangelización. Muestran así que su sostenibilidad es función de un modo nuevo de vivir el encuentro de la fe y la historicidad de las instituciones educativas. Esta vez es el espíritu de Responsabilidad.